

MEMORIA HISTÓRICA: LAS VÍCTIMAS DEL COMUNISMO

MEMORIAL EN WASHINGTON D.C.

El pasado 12 de Junio, en una discreta ceremonia celebrada en la capital federal de los Estados Unidos (que, por ejemplo, *The New York Times* prefirió ignorar) el presidente Bush inauguró el Memorial por las Víctimas del Comunismo. En un editorial titulado “An Overdue Memorial”, *The Wall Street Journal* elogió correctamente el acto al día siguiente: “Considerando la enormidad de lo que conmemora, el Memorial por las Víctimas del Comunismo dedicado ayer por el presidente Bush es llamativamente modesto en sus proporciones: una figura femenina de diez pies portando una antorcha (réplica de la diosa de la democracia de la plaza de Tiananmen en 1989), en un cruce de calles en Washington D.C. Es una adecuada respuesta a una ideología que hizo un fetiche de las estatuas y los asesinatos a escala monumental”.

Probablemente nunca sabremos con exactitud el número total de víctimas. Hace más de una década, un profesor de Ciencia Política de la Universidad de Hawai, R. J. Rummel en su obra *Death by Government* (London, 1994), acuñó el termino “democide” (democidio) para definir el fenómeno del asesinato y muerte sistemáticos de seres humanos por los gobiernos. Aunque Max Weber sostenía que sólo el Estado tiene el monopolio de la

Manuel Pastor es catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid. Ex director del Real Colegio Complutense en la Universidad de Harvard.

violencia “legítima”, el balance del siglo XX es desolador, incomprensible y terroríficamente surrealista. Suficiente para descalificar la teoría del sociólogo alemán: según Rummel, en total más de 200 millones de víctimas, 150 millones de ellas responsabilidad de quince Estados, de las que al menos 128 millones corresponden a los seis “megamurderers” (superasesinos) del siglo más sangriento de la Historia: los regímenes comunistas de Rusia, China, Camboya, Vietnam y Yugoslavia, junto a la Alemania nazi.

Pero no debemos olvidar mencionar asimismo la cuota sanguinaria de otros regímenes comunistas¹: los casi dos millones en la Etiopía de Mengistu; los más de dos millones en la Korea del Norte bajo la dinastía Kim; el casi millón en el Afganistán de Taraki, Amin, Karmal y Najibullah; los centenares de miles acumulados entre la Europa del Este, la Cuba de Castro, el Zimbabue de Mugabe y otros regímenes marxistas-leninistas africanos, etc. Y si la ideología es responsable, hay que añadir las 69.000 víctimas de Sendero Luminoso en Perú, y las incontables de las guerrillas comunistas FARC y ELN en Colombia, y otras similares en diversos países de América Latina desde el triunfo de la revolución cubana en 1959.

La inmensa mayoría de las víctimas son seres humanos anónimos, pero el humanitarismo genérico no debe hacernos subestimar los efectos políticos, culturales e históricos de ciertas víctimas individuales, por su significación simbólica en la conciencia colectiva, desde el asesinato del Zar Nicolás II y su familia el 17 de Julio de 1918 (que, según el historiador de la Universidad de Harvard Richard Pipes², marca el inicio del Terror To-

¹ **Stéphane Courtois** et alii, *Le livre noir du communisme: crimes, terreur, répression*, Paris: Robert Laffont, 1997. Esta obra colectiva es un estudio serio realizado por investigadores académicos y una aproximación a la contabilidad total de las víctimas del comunismo. Véase la cifra total, próxima a los 100 millones, que Courtois anticipa en la introducción, “The Crimes of Communism” (Cito la edición en inglés con el “Foreword” del gran historiador ya desaparecido **Martin Malia**: *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), página 4. No obstante, la cifra que sugiero, siguiendo a **Edwards Rummel** e informaciones más recientes en *The Wall Street Journal*, se aproxima a los 110-112 millones.

² **Richard Pipes**, *The Russian Revolution*, New York: A.A. Knopf, 1900, páginas 745-788, es la obra estándar y ya clásica. El relato definitivo sobre el asesinato del Zar Nicolás II y su familia es la exhaustiva obra (657 páginas), resultado de una excelente investigación y cuya lectura es apasionante, de **Greg King** y **Penny Wilson**, *The Fate of the Romanovs*, Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, 2003.

talitario en la historia contemporánea), hasta el uso reciente de lo que Pacepa ha definido “asesinato como política exterior”, especialmente respecto a Occidente.

El general rumano Ion Mihai Pacepa que, junto al general ruso Alexander Orlov, es el oficial de inteligencia de más alto rango que desertó del bloque comunista, ha anunciado la aparición el próximo otoño de su nuevo libro, *Programado para matar: Lee Harvey Oswald, la KGB y el asesinato del presidente Kennedy*. Sin adelantarnos a especular sobre las tesis que defienda en esta obra, ya durante el presente año han aparecido en los Estados Unidos dos libros excepcionales que tratan el mismo problema, directa e indirectamente: el de Vincent Bugliosi, *Reclaiming History. The Assassination of the President John F. Kennedy* (New York: Norton, 2007), que es un análisis exhaustivo y monumental de 1.612 páginas, y el de James Pierson, *Camelot and the Cultural Revolution* (New York: Encounter, 2007). Ambos coinciden en identificar, al margen de las teorías conspiratorias, a Lee Harvey Oswald como un comunista, motivado ideológicamente en su acción criminal. Han sido precisamente los progresistas e izquierdistas quienes alentaron las iniciales teorías de la conspiración, ya que el asesino de Kennedy sólo podía ser un fanático de extrema derecha, con apoyos de la CIA, la mafia o el “establishment”... La realidad es que el asesino sí era un fanático, pero de la extrema izquierda. Pierson cita unas palabras de Jackie Kennedy que expresan esa consternación: “Mi marido no tuvo siquiera la satisfacción de ser asesinado por su defensa de los derechos civiles... Tuvo que ser un estúpido e insignificante comunista, que robó a su muerte de significado”.

Las memorias de Alexander Orlov y de Ion Mihai Pacepa (junto a los imprescindibles y voluminosos trabajos del historiador británico Christopher Andrew con la colaboración de los exagentes soviéticos O. Gordievsky y V. Mitrokhin) son una fuente inagotable para encontrar explicación a los asesinatos de otras personalidades destacadas por su oposición a la política de Stalin y sus sucesores: Andreu Nin en España, Leon Trotsky en Méjico, Carlo Tresca en Estados Unidos, Laszlo Rajk e Imre Nagy en Hungría, L. Patrascanu y G. Gheorghiu-Dej en Rumania, Rudolf Slansky y Jan Masaryk en Checoslovaquia, e incluso (según Pacepa) el líder

comunista italiano Palmiro Togliatti. Hubo otros intentos de asesinato que se frustraron o fracasaron: Franco, Tito, Reza Palavi, Mao, Juan Pablo II...

Quizás sea pronto para disponer de una evaluación definitiva de las consecuencias históricas de los crímenes del comunismo, pero hay que agradecer y felicitar al Dr. Lee Edwards, profesor de Ciencia Política de la Universidad Católica de América y presidente de la Comisión para el Memorial por las Víctimas del Comunismo, que durante 14 años ha luchado con toda clase de dificultades para conseguir, finalmente, la inauguración del monumento en Washington D.C. el pasado 12 de Junio.

¿Y España? ¿Cuál es la cuota española a este balance sangriento? Ahora que algunos políticos proponen establecer (y politizar) la Memoria Histórica (algo que debería dejarse a los investigadores profesionales, historiadores y politólogos) quizás sea oportuna una evaluación rigurosa de los costes humanos y políticos del comunismo en nuestra historia nacional. Dudo que el clima político sea el mejor, pero frente a las demandas y presiones de las izquierdas hay que agradecer los esfuerzos de historiadores como Ricardo de la Cierva, Stanley G. Payne, y sus respectivos discípulos, así como los más individuales y voluntaristas de César Vidal y Pío Moa, para contrarrestar la masa de historiadores de las escuelas de Southworth, Tuñón de Lara y otras similares en la cultura hegemónica de la España actual, como los Gibson, Preston, Viñas, Elorza, Juliá, etc., caracterizados por un marcado sesgo político antifranquista y anti-anticomunista, y por tanto poco capacitados psicológicamente para abordar el problema que estamos considerando.

Soy consciente de que los problemas metodológicos son inmensos y simplemente la periodización es muy difícil. ¿Cuándo comienzan y cuándo terminan los crímenes del comunismo? Sabemos, por la excelente biografía de Dan Jacobs³, que Mijaíl Borodin, el famoso agente especial de la Comintern nombrado por Lenin, llega a España a finales de 1919, acompañado del mejicano Manuel Gómez, con abundancia de medios, y que en Sevilla, Barcelona y Madrid comienzan a contactar con socialistas, anarquistas y

³ **Dan N. Jacobs**, *Borodin. Stalin's Man in China*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981.

sindicalistas, captando individuos para los primeros núcleos comunistas. Asesinos espontáneos, como Valentín González “El Campesino” (que en su autobiografía reconoce ser el autor, a principios de los años veinte, del asesinato de cuatro guardias civiles en Peñarroya y un sargento del Ejército en Larche) motivados por una vaga ideología de “comunismo anárquico” son los primeros reclutas del aparato clandestino comunista, donde confluyen también pistoleros profesionales como Jesús Hernández (en sus memorias admite que, entre otros trabajos sucios en su currículum, había intentado el asesinato de Indalecio Prieto en Bilbao), que llegará a ser más tarde dirigente del PCE, representante español en el Comité Ejecutivo de la Comintern y ministro del Gobierno del Frente Popular (Orlov le implica en el secuestro, tortura y asesinato de Nin). La rebelión obrera de 1934 en Asturias y la rebelión militar de 1936, que trágicamente degenerará en guerra civil, constituyen los jalones decisivos entre los cuales la radicalización política conlleva una explosión de violencia social (con la peculiar manifestación de una violencia antirreligiosa irracional, inédita en Occidente) creando el clima propicio para la implantación en España de un sistema de terror controlado por la Comintern y la NKVD, con la activa colaboración del PCE (asesorado por asesinos como Vittorio Vidali, alias Carlos Contreras, o Josif Grigulevich, alias Teodoro Castro, amigo y patrón de Carrillo), sistema que se desarrolla e incrementa durante 1936-39 (asalto de la Cárcel Modelo, fusilamientos en Aravaca, proliferación de checas, Paracuellos, depuraciones violentas en las Brigadas Internacionales, ejecuciones en la retaguardia, Mayo de 1937 en Barcelona, represión del POUM y asesinato de Nin...). Tras la victoria franquista el PCE tratará de mantener un aparato guerrillero y terrorista que pese a los fracasos sucesivos se mantendrá (según revelaciones de Pacepa) hasta la misma Transición. Por los documentos desclasificados del Proyecto Venona sabemos quiénes eran los que espiaban para la KGB a los propios dirigentes del PCE: primero, Francisco Antón (el amante de “La Pasionaria”, más tarde depurado por un ingenuo Carrillo, ignorante del estatus secreto de Antón) y después Ignacio Gallego. ¿Conoceremos algún día las conexiones de la KGB y del comunismo español con los grupos terroristas FRAP, GRAPO y ETA, esa rama bastarda del comunismo vasco que tuvo su momento de “gloria revolucionaria” con el magnicidio del Almirante Carrero Blanco, pero cuyo reguero de sangre llega hasta el presente? Esas cuestiones y muchas otras reclaman respuestas. Como el título de la obra de Bugliosi,

reclaman la Historia, al margen de los intereses partidistas, para fundamentar la auténtica Memoria Histórica.

LA PENÚLTIMA VÍCTIMA

Como ya advirtieran hace años el hispanista norteamericano Philip Powell (1971) y el filósofo español Julián Marías (1985), sólo los imperios español y norteamericano han generado sendas leyendas negras respecto a la historia de sus naciones. ¿Por qué no ha ocurrido así con los sistemas totalitarios recientes, el comunismo y el nacional-socialismo? Las investigaciones sobre los crímenes de estos regímenes son abundantes, están perfectamente documentadas y comprobadas empíricamente, pero no son el resultado de una decisión política y propagandística (es decir, resultado de un prejuicio ideológico, por ejemplo, del anticomunismo), ni existe una Leyenda Negra descalificadora de toda su historia nacional, antirrusa o antialemana.

Cuando en la inmediata segunda postguerra mundial Albert Camus publicó su brillante ensayo “Ni víctimas ni verdugos” (en la revista *Combat* de París, Otoño de 1946), que tanto impacto tendría en las izquierdas democráticas y asimismo en ciertas percepciones de la sociología liberal de Occidente (Raymond Aron en Europa, Daniel Bell en América) al plantear la interesante tesis del “fin de las ideologías”, a mi juicio no acertó en el título, ya que, a pesar de ser muy literario y expresivo, con una innegable carga moral, resulta confuso y políticamente naif. La Memoria Histórica, rigurosamente, no puede eludir lo que los historiadores han evidenciado: que ciertas ideologías como el comunismo y sus imitaciones de fondo y de forma (el anticomunismo nazi, por ejemplo) conllevan víctimas y verdugos en un número excesivo, desproporcionado, casi surrealista. Camus tenía razón cuando calificó al siglo XX como el “siglo del miedo”, pero hubiera sido más preciso llamarlo el “siglo del totalitarismo”. El miedo es un ingrediente del terror totalitario, pero es probablemente lo más humano de un sistema que se caracteriza por la total deshumanización.

Aunque las transiciones democráticas en Europa se han intentado sin violencias ni revanchas, es decir, sin víctimas ni verdugos (no obstante la

etapa post-Vichy en Francia fue mucho más sangrienta de lo que se cree, desde luego mucho más que la post-franquista), una reflexión retrospectiva nos hace ser bastante escépticos sobre el concepto de “reconciliación nacional” en cuanto al comunismo se refiere, como ilustra el caso de Santiago Carrillo, pese al vergonzoso doctorado “honoris causa” que le concediera la Universidad Autónoma de Madrid. Así que, al final, recurrir a la Memoria Histórica, rigurosamente investigada y documentada, resulta inevitable como simple y conveniente terapia mental.

Recientemente *The Wall Street Journal* publicó en primera página un inquietante reportaje de David Crawford titulado “The Murder of a CEO” (Sábado/Domingo, Septiembre, 15/16, 2007) sobre el asesinato del presidente del Deutsche Bank, Alfred Herrhausen, en una carretera de la zona residencial de Frankfurt el 30 de Noviembre de 1989 (significativamente, después de la caída del Muro, siendo conocido que Herrhausen era además un partidario notorio de la reunificación alemana). Aunque el crimen se atribuyó al grupo terrorista Fracción del Ejército Rojo (FER), derivación de la banda Baader-Meinhof, las investigaciones recientes han conducido a la Stasi (y según la viuda de Herrhausen a la propia KGB⁴).

Parece que la Stasi era responsable de un centro especial de entrenamiento de los terroristas del FER en Wartin, un pequeño pueblo escondido en la Alemania del Este, cerca de la frontera con Polonia. El FER fue desde los años setenta responsable, entre otros crímenes, del asesinato de empresarios alemanes como Jürgen Ponto, presidente del Dresdner Bank y Hans-Martin Schleyer, presidente de la propia asociación de empresarios alemanes, y un año después de la muerte de Herrhausen todavía asesinó a Detlev Karsten Rohwedder, presidente del poderoso *trust* Treuhandanstalt. Pero lo más inquietante de las revelaciones de la fiscalía y policía alemanas es que en el mismo centro de Wartin también se entrenaban

⁴ Un problema adicional, que solamente evocamos aquí, es la presunta responsabilidad de la KGB que, sin duda, supervisaba las operaciones de los servicios de los regímenes satélites (piénsese, por ejemplo, en el asesinato de Kennedy y en el intento frustrado de asesinar a Juan Pablo II). Algunos historiadores, en esa línea, han planteado incluso la responsabilidad de la Unión Soviética en la pasividad, pese a la proximidad a los campos nazis y al conocimiento por sus agentes de inteligencia, ante el holocausto judío.

terroristas vascos de ETA. Sería interesante saber si el Gobierno español se ha enterado de esta pista y, en tal caso, si ha solicitado más información a las autoridades de Alemania.

Señala el autor de este reportaje en *The Wall Street Journal* que tras la unificación alemana ha existido un cierto tabú respecto a indagar los crímenes de la Alemania comunista, y en particular los de la Stasi. Dicho tabú ha comenzado lentamente a romperse desde que el año pasado la película *La vida de otros* ganara con justicia el oscar a la mejor producción extranjera. La magnífica interpretación de Ulrich Mühe como espía de la Stasi se basaba en una dramática experiencia personal. Él mismo, como actor, había sido espiado por la Stasi, y su propia esposa, también actriz, había sido una informadora de la siniestra organización estatal, como pudo saber cuando se abrieron los archivos. La muerte de Mühe el pasado mes de Julio, a los 54 años de edad, de un cáncer de estomago, lo convierte sin duda en la penúltima víctima del comunismo.